



7^{MA} EDICIÓN

Grandes Autores

RELATOS CORTOS

PRIMER PREMIO

El Pacto

— Por **Daniel Santo Mastrandrea**

Dolor y bronca, se entremezclan recordándome el ultimátum de mi mujer.
— Deberías llevarlo a un geriátrico. Es difícil estar con él todo el día en la casa. No habla solo repite un nombre Catalina, Catalina... siempre ese bendito nombre. No come... es como que no quiere estar aquí. No juega con sus nietos, no sonríe. -

Ayer fue un día diferente. Despertaba a papá muy suavemente encendiendo la radio en el mismo dial desde hacía 40 años. El entreabrió sus ojos tristes, ausentes. Le ayudé a incorporarse y pronunció la misma palabra, el mismo nombre una y otra vez.

-Catalina... Catalina...-

Ese nombre que comenzó a repetir después de la muerte de mamá. Fue un misterio envuelto en un silencio absoluto, sin respuesta. Papá quedó en su mundo interior, jamás respondió pregunta alguna y su rostro tampoco evidenció ningún gesto.

A las siete de la mañana, le cebé su mate amargo. Dieciséis cucharaditas de yerba, ni una más, ni una menos, con su antigua pava de aluminio, nada de termo. Si el agua llegaba a estar muy caliente y quemaba la yerba, cerraba sus ojos con fuerza, entonces debía comenzar de cero la rutina del desayuno; pero la mirada buena aceptaba la temperatura del agua.

Difícil fue hablarle, explicarle que lo llevaría a un lugar bonito, con mucho verde, con gente buena.

Me miró largos segundos y por primera vez en tantos años. Me miró.

-No estoy llorando viejo, tengo una irritación en los ojos-

Como saber si me entendía, si lo lastimaba más mi dolor que el suyo. Secando mis lágrimas continué la mateada. La misma conversación de todos los días, sin diálogo, bastaba mirarlo y recordar su voz baja, pastosa. Nunca lo escuché gritar porque nunca hizo falta.

Vino a mi memoria aquel abrazo que le di cuando me compró el disco de Los Beatles. Él no sabía abrazar, no era afectuoso, tuvo una infancia triste, con hambre, sin risas. Quizás por esa razón nunca tuvimos una charla, para qué contar el dolor.

Lo ayudé a levantarse, le acerqué su ropa, muy lento comenzó a vestirse, abrí las ventanas para calmar mi angustia, la luz y el aire dieron respiro al momento. Se incorporó, detuvo su paso al baño cuando observó a un costado su valija de cuero negro. Yo había preparado su equipaje la noche anterior, todo en silencio para no despertarlo.

Encendió la luz del baño. Yo mientras llevaba sus cosas al auto, pensaba...

-Que poco equipaje para tantos años- .

Coloqué su maleta en el baúl; me quemaba en las manos. Había pensado decirle tantas cosas, y no supe cómo explicarle que no se merecía este momento. Que ser padre es difícil, pero mucho más ser hijo.

Apareció con su paso cansino, peinado impecable, su ropa perfecta.

-¡Viejo estás para la milonga!-

Observé su mirada diferente, serena, como aprobando su partida. Al subir al vehículo tuvo un gesto de molestia, le incomodaba abrocharse el cinturón de seguridad.

De pronto la radio por casualidad encontró una canción de los Beatles. Giramos nuestras caras y nos encontramos. Juraría que me sonrió... y otra vez se cerró mi garganta y el semáforo rojo se nubló, la calle, la gente, mi infancia, mi adolescencia, mis dudas, mis culpas, toda mi vida. Una bocina me alertaba la luz verde.

Quería hablar con él y que me pudiese decir...dejame con vos...pero su silencio me acongojaba mucho más.

Las calles pasaron presurosas, no sabía si eternizar el momento o aletargarlo. El cartel de residencia para adultos mayores fue el golpe bajo que necesitaba. Mirando a papá descubrí que estaba bien; sorprendido le dije

- ¡Que corto se nos hizo el camino! Ya llegamos papá-.

Se soltó el cinturón de seguridad, abrió la puerta y bajó. Con detenimiento miró la casona antigua, las enredaderas en sus paredes pintaban de verde el frente. Como si conociese el lugar se aproximó a la puerta antigua de robusta madera. Quedé atrás con la valija, me apresuré para tocar una campana de bronce. Nos recibieron con una sonrisa amable. Mi padre pasó primero a un salón antiguo, elegante. Nos sorprendimos cuando se dirigió hacia dos sillas vacías de roble y esterilla que estaban sobre una pared revestida en madera oscura; pronunció en voz baja...-¡Catalina!-... y sonrió. Quedamos en silencio. Lo acompañé a su nueva habitación. Noté que él miraba hacia atrás, hacia las sillas de roble y esterilla. Entramos a un cuarto agradable, ventanas con vidrios vitro, un enorme televisor y una cama confortable.

Acomodé su equipaje, ordené sus ropas. Lo miré y abrazándolo muy fuerte, como si me trasladara en el tiempo al momento que recibí aquel disco de los Beatles. Le dije en voz baja.

-Viejo si no entendiste no te preocupes, yo tampoco entiendo.-

Y me marché. Lloré con impotencia dentro del vehículo, golpeando el volante con mis manos. Sin entender el porqué de cada cosa. Si mi viejo mañana era yo, y yo era mi hijo. La incógnita era el corazón o la cabeza. Encendí el motor, avancé velozmente. Otra vez se me nubló el semáforo rojo. Entonces pude ver un padre cruzando la calle tomando fuerte la mano de su pequeño hijo. Y tuve deseos de escuchar el silbido de papá, la única canción interminable, que nunca supe cuál era.

El volante pegó un giro violento. Urgente, volví a la vieja casona. Toqué la campana de bronce, las caras no eran de bienvenida. La mujer angustiada decía...

-¡No sé cómo pasó! lo encontramos sentado en la silla de esterilla, sonriendo, apretaba en su mano esta foto.

Mi viejo dormía su muerte con mucha paz, pude agarrar la foto arrugada, observando una mujer desconocida para mí. Di vuelta y un nombre...Catalina...junto a ese nombre una dirección.

Volví a casa, miré esa imagen una y otra vez, esa dirección al reverso...algo diferente había en ese retrato. No pude esperar, mi ansiedad pudo más. No era conveniente manejar, detuve un taxi, mis dudas martillaban el camino... ¿Quién era Catalina y qué relación tenía con mi padre?

Llegamos a un viejo edificio, Asilo Santa Clara, paredes despintadas rejas en ventanas y puertas. Pregunté por Catalina, desconocía su apellido, mostré su foto.

-Sí, ella está internada aquí hace muchos años. Es una bella mujer que guarda un silencio profundo y una mirada perdida.- Asistía la voz del director de la hospicio.

Fue difícil caminar ese pasillo que me llevaba a su cuarto. Abrí la puerta con temor, incertidumbre a lo desconocido. Acercándome a aquella mujer con mirada ausente y ojos tristes, sentada en una silla de roble y esterilla le pregunté si me conocía. Miró mi rostro y cuando escuchó mi voz, pronunció una palabra...papá•



7^{MA} EDICIÓN

Grandes Autores

RELATOS CORTOS

SEGUNDO PREMIO

La merienda

— Por **José Ángel Romano**

Como todas las tardes, antes de la merienda, saldré a la vereda y cruzaré a la plaza. Me sentaré en el banco de siempre, ese que está frente al árbol de la casa de la esquina de Hamburgo y Budapest. Me gusta ese árbol, la casa y también me gusta mucho esperarte.

Cuando ya esté sentado, vas a llegar para sentarte a mi lado, me vas a mirar con esa sonrisa que sale de tus ojos. Me gustan tus ojos, tienen el color de mis bolitas más lindas. Te vas a alisar tu pollerita a cuadros con las manos y me vas a invitar a jugar a la escondida. Jugaremos hasta que tu mamá venga a buscarte para tomar la merienda. Jugar es una íntima ceremonia que celebramos juntos y en la cual descubrimos, es la manera más linda de festejar nuestra amistad. Hoy hace frío y seguro tu mamá va a venir a buscarte más temprano, por eso no me gusta que haga frío.

A vos te encanta esconderte detrás del árbol de la casa, ese pino que en cada Navidad se llena de luces y adornos y en cuyo tronco se apoya la figura de un Papá Noel sonriente, mi mamá lo llama Mikolaj. Me gusta cuando buscamos los regalos en el árbol. Ese es tu escondite favorito, a veces pienso que te gusta ocultarte ahí porque querés que te encuentre rápido.

Al terminar de jugar a la escondida nos vamos a sentar debajo del pino, nuestro gigante bueno de la guarda, ¡y cómo te reís vos cuando te digo esto! Me gusta tanto tu sonrisa.

Nos vamos a quedar sentados, con la espalda apoyada en el tronco, charlaremos largo rato. Yo te voy a decir que estoy muy contento porque mi papá me empezó a comprar la Billiken y me gusta mucho leer las aventuras de Pelopincho y Cachirula y Pi-Pío. Vos me vas a contar que cuando seas grande te gustaría ser actriz o hacer algo para ayudar a quienes más lo necesitan, pero que a tu mamá no le gustan esas cosas y que te dice que a los ocho años todavía no sabés lo que querés.

En la charla nos vamos a acordar de lo que pasó el otro día, cuando escuchamos volar a unos aviones y oímos unos ruidos muy fuertes. Yo te voy a volver a contar que mi papá me dijo que esos ruidos eran bombas que tiraron en otra plaza unas personas muy malas y que mi mamá me contó que cuando era chica, en su pueblo, también había malas personas que tiraban bombas desde aviones. No me gusta que haya malas personas que tiren bombas. Vos me vas a agarrar de la mano otra vez y me vas a contar lo mucho que te asustaste ese día. Me gusta que me agarres de la mano.

Yo te voy a regalar el alfajor Guaymallen que me trajo papá anoche. Vos vas a sonreír con los ojos y la boca. ¡Qué lindo es ver en tu cara asomar la felicidad de esa manera! Lo vas a abrir, vas a partirlo en dos y me vas a

convidar la mitad. Lo vamos a comer en silencio, porque en ese momento las palabras no van a hacer falta. Después, me vas a decir que cuando seas grande también te gustaría ser repostera y hacer tortas ricas para que tomemos juntos la merienda.

Un rato más tarde va a pasar el churrero. Vos me vas a contar que cada verano, cuando se van a Mar del Plata, tu papá te compra churros, que te gusta mucho ir a la playa y que le vas a decir a tu mamá que el verano que viene te deje invitarme para que juguemos juntos en la arena y hagamos castillos. Me gustaría ir de vacaciones con vos.

Enseguida me vas a decir que vayamos a los juegos. Vamos a subir juntos al sube y baja y vos vas a gritar entusiasmada cada vez que estés arriba. Al ratito nomás nos vamos a ir para las hamacas, ellas recibirán nuestras risas, yo te voy a empujar despacito y vos me vas a decir que lo haga más fuerte, porque querés sentir que volás. Vamos a dejar para último el tobogán, vos te vas a subir con miedo, pero con un montón de ganas de tirarte. Me vas a pedir que te cuide. Yo te voy a decir que te tires tranquila y te voy a esperar abajo. Me gusta cuidarte.

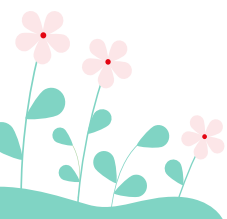
Después de todo eso nos van a venir a buscar, a vos tu mamá y a mí la mía. Nos vamos a agarrar de la mano, como si no quisiéramos separarnos. No me gusta ese momento. La tuya te va a decir que tenés que hacer los deberes. La mía me dirá que hace frío, que es la hora de la merienda, que ya está preparado el Vascolet calentito y que tengo que entrar. Los dos vamos a pedir que nos dejen jugar un ratito más, pero no nos van a dejar porque ya es tarde y además mañana nos volveremos a encontrar. Nos vamos a despedir con un beso y yo me voy a quedar en la vereda mirando como te vas, con ganas de que ya sea mañana.

Te estoy esperando, ¿sabés? pero aún no viniste, estuve sentado en el banco mirando para todos lados, todo el tiempo queriendo que aparecieras. Me fui a fijar en el árbol, pero no te encontré. Me quedé ahí sentado otro rato, esperándote, pero no apareciste. No me gusta que no vengas.

Y aquí sigo, con la esperanza intacta, buscándote aunque no aparezcas. No me gusta no verte, me dan ganas de llorar.

Una señora cruza la calle y se sienta a mi lado, amable como una madre, con su mano cálida apoyada en mi espalda me mira y me dice:

—Vení papi, vamos adentro que ya hace mucho frío y te va a hacer mal, entremos que ya está lista tu merienda y además es la hora de tomar los remedios•





7^{MA} EDICIÓN

Grandes Autores

RELATOS CORTOS

TERCER PREMIO

Un banco de cemento bajo el farol

— Por **Silvia Jacqueline Chedeville**

Marta vivía en Palermo, en Malabia y Santa Fe, frente al botánico. Su departamento constaba de una habitación, un baño y una cocina improvisada dentro de lo que fuera un placard grande. El edificio había sido, hace varias décadas una importante mansión.

A pesar de la precariedad del ambiente, su ventanal estaba ubicado en la ochava, por lo que, desde su cama podía ver el verde de los árboles, los gatos en su deambular nocturno, el farol de la esquina que no se apagaba nunca, ni de día ni de noche, y debajo del farol un banco de cemento.

Compartía sus días con Pamela, su perrita pincher. Cuando ambas no estaban paseando por la plaza, o haciendo mandados, se pasaban las horas sentadas mirando por la ventana; se acomodaban bien juntas para compartir mejor sus emociones.

Sus miradas se centraban casi exclusivamente en el banco de cemento, donde se desarrollaba una parte de la vida del barrio.

Según el horario se sentaban en él las madres con los cochecitos y niños correteando, trabajadores que se tomaban un respiro antes de renaudar la marcha hacia sus hogares, ancianos que buscaban el último rayo de sol para entibiar el alma.

De noche todo cambiaba. En él, se sentaban las parejas que compartían, sin saberlo, su amor y fogosidad con dos pares de ojos que los espiaban, desde una ventana a media luz.

Marta adivinaba las caricias, las manos atropellándose recorriendo los cuerpos, pero, esa vigía, le daba cierta vergüenza, sin atreverse a confesar, que su corazón latía con fuerza, frente a lo que se desarrollaba allí.

Pamela pronto, se arrollaba sobre sus rodillas para dormir plácidamente.

Una noche, en que tenía puesta su atención en una parejita cuyos arrumacos avanzaban día a día frente a sus ojos, como si fuese una telenovela en vivo, notó que, en un momento dejaban de besarse y se trababan en una acalorada discusión.

Por más que lo intentara, no lograba escuchar nada, pero la pelea parecía enardecerse cada vez más.

De repente el muchacho sacó de entre su ropa algo que brilló bajo la luz del farol, y, con un ir y venir de su mano lo incrustaba en el cuerpo de la joven.

Todo duró unos dos o tres minutos. El muchacho tomando su campera, que había dejado sobre el banco, salió corriendo. Marta fue tras él, con la mirada hasta perderlo de vista.

La chica estaba tendida sobre el banco.

Marta desesperada despertó a Pamela, que con sus ojitos saltones la miraba como preguntando: qué pasa?

Marta estrujándola contra su corazón, pensó ¿Quién le mandaba, a ella, que en sus cincuenta años de vida nunca había conocido una caricia masculina, estar espiando a los enamorados?

Desconcertada alzó a Pamela bajando las escaleras para ver si aún `podía ayudar en algo.

Cruzó la Avda. Santa Fe casi corriendo. Del edificio de enfrente al suyo, casi al mismo tiempo, salió un hombre canoso con las mismas intenciones.

_Que horror!, dijo Marta.

-¿Vió como corría el muchacho?, agregó el hombre.

Ambos se ruborizaron como quien fue pescado en falta, pero inmediatamente el movimiento de la joven en el banco los sustrajo de la vergüenza de la evidencia de su fisgonería.

_¿Cómo estás?, dijo Marta.

_¿Adonde te hirió?, preguntó el hombre

La joven salió corriendo hacia el mismo sentido en que había desaparecido el muchacho.

Ambos quedaron perplejos. ¿Qué había pasado? ¿No habían visto algo como un cuchillo o una navaja entrar una y otra vez en su cuerpo.

Para romper el silencio el hombre dijo, extendiendo la mano:

_Me llamo Eduardo.

_Mucho gusto, yo soy Marta, y ella es Pamela, contestó tomando la mano del hombre.

_¿Viven solas?

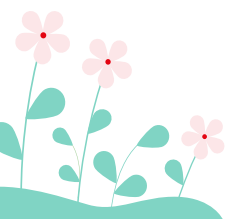
_Sí, ¿Y usted?

_Yo vivo con mi gato. Hace diez años que soy viudo.

Los dos se sentaron en el banco de cemento, bajo el farol y continuaron una conversación que probablemente acabaría con su soledad.

Desde otras ventanas, apenas iluminadas, varios pares de ojos espiaban a esta pareja madura sentada con una perrita marrón en la falda.

_¿Que estarán diciendo?, pensaban. •





7^{MA} EDICIÓN

Grandes Autores

RELATOS CORTOS

FINALISTA

Caramelo pegoteao y perro suelto

— Por **Alicia Petrona Estela Duo**

Los Pestazzi llegaron a nuestro barrio una mañana de agosto. Apoyado en el portón de mi casa, vi cómo su grupo familiar bajaba pertenencias del camión. Ocuparon la vivienda lindera a la nuestra. El almacenero, como gacetilla sobre sucesos del lugar, los había identificado mientras preparaba cortes de fiambre y pesaba pan. Nos dijo: “Los Pesta-zzi son gente buena”.

La familia vecina se componía de la madre, el padre y ese hijo que aparentaba tener mi edad. El chico parecía serio. Obedecía las órdenes de sus padres y trasladaba, cuidadoso, las cosas menudas. Los mayores, terminada la mudanza, despidieron el camión del flete y cerraron la puerta.

A la tarde, curioso, me subí por los hierros de la parra. Asomado en la medianera espí el patio contiguo. Mi madre, que vigilaba mis movimientos, solía decirme que parecía un gato. Ignoraba mi persistencia infantil para conocer actividades ajenas. El chico vecino jugaba bajo la sombra de un ciruelo. Absorto, desplegaba en el suelo un ejército de soldaditos de plomo.

Desde mi lugar no veía los detalles de su entretenimiento. Recordé que una vez había pasado por la juguetería de los Guzzo. En la vidriera del negocio me habían atraído unos muñequitos militares amarillos y blancos. Pensé distintas estrategias para saltar hacia el otro patio. Me tentaba la idea de que los Pestazzi, cansados, se fueran a dormir la siesta. Sin testigos, me veía llevando en mis bolsillos esos soldaditos. Nadie sabría qué había sucedido con ellos. Los darían por perdidos, y yo ocultaría, en algún lugar de mi casa, un tesoro que no me pertenecía.

Discurrí que mis planes conllevaban sus riesgos. Rabioso, comencé a tirar, con una cañita, granos de arvejas. Los disparos rebotaban en la remera de mi vecino o en su nuca. Miró varias veces hacia el lugar en el que me encontraba. Ante su búsqueda, yo me escondía. De repente marchó hacia adentro y dejó a los soldaditos. “Botón, pensé, me ha visto, y le contará a la madre. Ella vendrá a quejarse. Mis padres dirán que, como siempre, soy un mocoso molesto. Estaré castigado. Encerrado en mi habitación jugaré con los dedos de la mano o pensaré que soy el mago que escapa de las diez cadenas”.

Así fue. La señora Pestazzi vino a casa, tocó el timbre y habló con mis progenitores. Mamá me llamó. Imaginé el merecido coscorrón, pero mi madre me dijo que me lavara las manos, que Jorge -allí supe el nombre-, me invitaba a jugar con él. Me dio permiso, agradeció el convite y me arregló, rápido, el cuello de la camisa.

Pasé la tarde con Jorge hasta que se hizo de noche. Me enseñó su colección de soldaditos, pintados en colores azules, blancos, grises y rojos. Me explicó que eran réplicas de los soldados comandados por Napoleón y por

Wellington en la batalla de Waterloo. El juego venía con las instrucciones referidas a cada compañía, la forma en que éstas se habían desplegado en la batalla y otros detalles históricos. Jorge me enseñó a distinguir a los militares de infantería, artillería y caballería. Los de caballería se podían desmontar y algunos tenían las piernas y los brazos movibles. Desplazamos cañones, cavamos pozos y fabricamos montañas y trincheras. Inventamos un campo de batalla. Me hubiera quedado allí por eternidades. Mi madre me vino a buscar y pidió disculpas. Yo no quería irme. Bondadosa, la señora Pestazzi me salvó del berrinche y del castigo. Dijo que podía volver y visitar a su hijo cuando quisiera. A la noche soñé con batallones. Yo era general, ganaba siempre y mis enemigos huían aterro-rizados.

Con Jorge nos hicimos muy amigos. Él jugaba con los soldaditos, pero no le gustaban las derrotas, ni las penurias de las guerras, ni jugar con soldados heridos, ni utilizar camillas o carros de auxilio. Su tristeza me impresionaba. Un día le dije:

-Te pareces a los caramelos pegoteados. Sos como esos que uno se pone en la boca y se pegan a los dientes. Se los come igual porque son dulces. Cuando los tragás se te deshacen en la garganta.

Lo dije con tono divertido. Nos reímos.

Desde entonces lo llamé “Caramelo Pegoteao” y él me puso de nombre “Perro Suelto”. Dijo que cuando me largaban me parecía a los perros atados que, al ser soltados, salían disparados y resultaban difíciles de perseguir.

Jorge recolectó conmigo tapas de cervezas y gaseosas que rodaban por el suelo de los bares. Traían la imagen de los jugadores de fútbol. Le enseñé a distinguir las camisetas y a interpretar las tablas de posiciones de cada equipo. En un campito nos juntábamos con los chicos del barrio. Nos entretenía el fútbol. Yo me entusias-maba rápido. Con más ganas que él, me ubicaba como delantero. Me agradaba pelear giros, retrocesos y arrancadas. Me pareció que mi amigo andaría bien de arquero. El aceptó la función asignada. Nunca pidió cambiar su puesto.

Lo llevé a investigar los yuyos que crecían después de las últimas casas. Allí nos abríamos el pantalón y dejábamos apestosas las paredes de Doña Felicia, una mujer mayor y sola. Yo la calumniaba. Argumentaba que odiaba a los chicos -lo cual no era cierto-. Mi afirmación bastaba para que, si ella aparecía, ambos corriéramos como si nos persiguieran los diablos. Doña Felicia nos miraba con más comprensión que enojo.

En la primavera buscábamos ranas. También nos atrevíamos a cazar víboras pequeñas. Las encerrábamos en frascos para llevarlas, con ficticia ingenuidad, a la maestra. Ella se asustaba. Descompuesta de asco, suspendía la clase. El director nos daba licencia para retornar a la casa y se nos iba el día sin tener que escribir oraciones ni hacer cuentas. A la noche nos distraían las luciérnagas. Jorge prefería dejarlas volar. Amaba el brillo de las luces erráticas. Luego nos acostábamos en el pasto y mirábamos las estrellas.

En consonancia con mis hábitos le inculqué a mi amigo un vocabulario inusual en su casa. Dueño de un léxico -que provenía de mi hermano mayor- repetía, entre dientes o a los gritos, palabrotas que Jorge desconocía. Algunas le provocaron risas; con otras se puso serio. Caramelo Pegoteao aprendió los significados de esas voces, pero sólo las utilizaba si hacían falta.

-No hay necesidad de pronunciarlas -me decía-. Son borbotones de estupideces.

Algunas veces, enfrentados con los compañeros, nos amagaron para trompearnos. En todas las situaciones ni él ni yo nos hicimos para atrás. A instancias de Jorge las cosas se arreglaban hablando. Mi madre le agradecía que no volviera a casa con sangre en la nariz.

Dejamos de jugar con los soldaditos sin mucho desconsuelo. Según Jorge no debían existir ni vencedores ni vencidos. Me aclaró que él no concebía las guerras según mis pretensiones belicosas; que nunca justificaría la muerte con violencia. Consentí las ideas de mi amigo. Guardamos la colección en una caja cuya tapa semejava cartón, pero con textura de terciopelo. Jorge escribió algo en un papel y lo dejó adentro. No me lo quiso mostrar. Dijo que era para después.

-¿Para cuándo? -pregunté

-Para mucho después -insistió-. Y puso la caja debajo del ropero.

Caramelo Pegoteao leía. A mí no me gustaban los libros, pero me entusiasmó una obra. Contaba la historia de un chico sin padres, que vivía en un pueblo donde él se las ingeniaba para no ir a la escuela y para no trabajar; escondido en una cueva, sorteaba riesgos de vida y de muerte. Jorge me leyó, varias veces -y sólo para mi gusto- Las aventuras de Tom Sawyer. No concordábamos en gustos y preferencias: él compraba libros con sus ahorros; yo estrenaba botines nuevos para el fútbol. Me acompañaba a la cancha cuando jugaban los equipos favoritos, pero no era fervoroso con los partidos. Nunca le critiqué su escaso interés deportivo. Él tampoco me impuso la obligación de leer.

Un verano se compró un cuaderno. Comenzó a escribir. Casi avergonzado confesó que le gustaban las poesías y los cuentos. Aunque gozaba de su confianza era difícil que me mostrara sus trabajos. En una ocasión, me leyó lo que había escrito. Quedé embobado. Le dije que con esa habilidad conquistarías más chicas que actor de cine.

Se encogió de hombros. Le molestaba la calidad de lo que escribía. Se excusó por los contenidos:

-No he producido nada bueno. Estos son garabatos de tinta.

Terminamos el secundario. Jorge se preparaba para una carrera universitaria. Yo finalicé con tropiezos. Estudiaba y trabajaba. Por eso, cuando cumplí dieciocho años, mis padres me sorprendieron: me regalaron una moto. Serviría para mi trabajo, con ella me trasladaría más rápido y no viajaría en ómnibus. La máquina me fascinó: era una Gilera Sport color rojo con motor monocilíndrico de cuatro tiempos. Esa noche me bañé rápido y me cambié de ropa. Busqué a Jorge. Daríamos una vuelta. Aceptó con entusiasmo.

Me dirigí hacia el parque. En el pedemonte había una vista estupenda de la ciudad. El viento nos daba en la cara. Nos sentíamos como si estuviéramos arriba de un avión y pudiéramos volar. Jorge decía que la máquina era fantástica. Estábamos emocionados.

Me cuesta recordar la vuelta: el patinazo en la banquina, el coche que encandilaba, el giro brusco, la moto que se levantaba del suelo y Jorge que salía despedido. Perdí el conocimiento y desperté en el hospital. Sentía las magulladuras y punzadas por una herida poco profunda en la pierna. Pregunté por Jorge. Vi a mi madre con lágrimas y a mi padre tapándose la cara.

Al día siguiente, sin saber si lo que hacía estaba bien o mal, fui al velorio de Jorge. Pensé que los padres me romperían la cara. Consideré que me lo merecía.

Sin embargo, nadie me impidió la entrada. Su madre me abrazó. Yo temblaba. Me paré al lado del cajón. No podía rezar. Sentí la voz de Caramelo Pegoteao que me llamaba. Me fui al patio. Lloré cerca del ciruelo. Recordé nuestro primer encuentro, los juegos y los misterios de la calle, las picardías de la siesta, las palabrotas, la caza de ranas y serpientes, el viaje en moto. Me dobló la culpa. Rogué por un perdón inverosímil que nunca llegaría. Me asediaba la idea de que Jorge estaría como recuerdo fantasmal entre mis sueños.

Sentí una mano en el hombro. Me sobresaltó la señora Pestazzi.

-Vení -dijo.

Me llevó al dormitorio de mi amigo. Sacó la caja de cartón con los soldaditos. La abrió. Recordé ese misterioso papel "para después". La carta de Jorge era para mí y parecía un vuelo de mariposa entre mis dedos. Leí. Sentí que Jorge, mi amigo lector, celebraba nuestra amistad con un regalo sorpresivo: guerras finalizadas bajo el silencio de un ropero. Me derrumbé. Así, derrumbado, fui al entierro. Vendí la Gilera. Me trasladé al trabajo en ómnibus hasta que me compré un auto. Nunca más quise poseer una moto.

Jorge nunca cuestionó el nombre que le puse. Para mí es, fue y será siempre un dulce. Tampoco protesté sobre mi calidad de Perro Suelto. Yo hubiera querido escapar de mis errores, como esos cachorros que le sueltan la cadena, disparan de sus limitaciones y luego no vuelven más.

Pasado un tiempo adquirí algunos libros. Empecé a leer. En las páginas escritas escuchaba la voz de Jorge. Me animé a escribir. Y ahí sí que solté mis cadenas. Comprendí a Jorge, sus silencios, sus sueños de poeta. Y mal escribiendo, a puro borradores y recuerdos, me fui perdiendo.



7^{MA} EDICIÓN

Grandes Autores

RELATOS CORTOS

FINALISTA

Pueblo chico, infierno grande

— Por **Martha Susana Lettieri**

En Villa del Medio viven aún, muchos de los que ahí nacieron. También, quienes en los últimos años decidieron construir sus viviendas, pero manteniendo sus actividades en alguna de las dos ciudades que están a uno y otro lado de la Villa. Son quienes buscaron tranquilidad y terrenos más económicos.

Así es como quedó conformada una vistosa combinación de construcciones modernas, con piletas, grandes parques, enormes quinchos, cocheras para varios autos; entremezcladas con viejas edificaciones originarias, algunas de ellas centenarias.

Villa del Medio tiene una capilla. En ella vive el sacerdote de una de las ciudades vecinas donde ejerce su misión pastoral, el Padre Esteban, porque la villa es tan pequeña que no amerita oficio religioso, salvo en fechas especiales.

Enfrente de la capilla está la plaza, de una manzana de tamaño, con bancos de madera y hierro, un viejo par de hamacas, un tobogán desteñido, y enormes árboles que la circundan.

En la cuadra siguiente está el club “Los del Medio”. Cancha de fútbol, cancha de básquet (en ocasiones se transforma en pista de baile), hay un bar donde los parroquianos se juntan a jugar al chinchón o al tute; un galpón de usos múltiples y una cancha de bochas.

Más allá, la Comuna, el dispensario y la comisaría, nada más.

Después, comienza el área rural.

785 habitantes, según el último censo. Más del doble si se cuentan los que se afincaron últimamente.

Los nativos de Villa del Medio, caminan por las calles, de ripio, costumbre que se mantiene desde cuando prácticamente no circulaban autos.

Pero en la actualidad, es más común ver a los nuevos residentes desplazarse en camionetas, cuatriciclos, bicicletas.

Todo queda en las calles o en las veredas.

Las puertas de las casas, siempre abiertas.

Los niños, se mueven libremente ingresando de casa en casa como si fuera la propia.

En Villa del Medio, se vive al ritmo sereno de una población rural en la que nunca pasa nada.

Hasta aquel día.

Ramona, vive en una gran casona semiderruida en la que había nacido. Una mujer humilde, sufrida, atenta.

Ella limpia varias de las casas de la Villa, y por la noche se sienta a trabajar con la máquina de coser que tiene frente a la ventana que da a la calle. Es madre soltera de Bombón, un muchacho retardado de enorme tamaño al que todos conocen y aprecian. Él, reparte con quien se cruce, un efusivo abrazo, a veces con tanta vehemencia que te deja sin aire. Todos se lo retribuyen con gran ternura.

Bombón fue rebautizado en algún momento, por los adultos del pueblo. Corrigieron el apodo puesto por los más jóvenes, que lo llamaban Bobón, a lo que él respondía sonriendo con singular inocencia.

Ramona, su madre, en la noche de aquel día, tarde, sola, porque Bombón iba al club después de cenar, mientras realizaba su trabajo de costura, vio venir al Doctor Rodrigo Pardo Anzoé, quien vive en la esquina. El Doctor, como todas las noches, paseaba a su perro que se fue rápidamente corriendo hasta la plaza.

Pardo Anzoé, se detuvo, miró a ambos lados de la calle y rápidamente ingresó en la casa justo frente a la de Ramona. Médico, heredero de fortuna y alcurnia, era hijo del caudillo político de la región, ya fallecido.

Esa casa, la ubicada frente a la de Ramona, la habían construido hacía un par de años y allí residían, el joven matrimonio de Carlos Repetto y Concepción. Él, talentoso empresario agropecuario, viaja permanentemente, sobre todo a la Capital donde cuenta con oficinas. Ella, una hermosa mujer a la que Carlos conoció en uno de esos viajes y quedó seducido por su belleza, pero además, por la sonoridad de su forma de hablar. Concepción era española y resultaba encantador oír su castizo aporteño.

Los Repetto, construyeron su casa, en el centro de un enorme terreno. En su entorno, un extenso parque de diseño, donde se combinan añosos árboles conservados de la vivienda original, con un verde e impecable césped, ondulaciones, islas de plantas, flores, fuentes y luces difusas, todo ello, alrededor de una gran pileta iluminada.

Ese día, la camioneta de Carlos, no estaba en la calle.

Siempre la dejaba allí cuando no viajaba.

Ramona, después de un buen rato, vio salir al Doctor, de la casa de los Repetto, con gran cautela, tal como había ingresado.

Llamó a su perro, que seguía correteando por la plaza, y se dirigió a su casa jugueteando con el can.

Ya muy tarde, cerrando la máquina de coser, Ramona apagó la luz y observó por la ventana. Vio parado y mirando hacia adentro de la casa de los Repetto, a quien, sin dudarlo, distinguió. Era el Padre Esteban. Un joven y moderno sacerdote que no usaba sotana ni nada que lo identificara como tal. De cuerpo atlético, piel morena, enormes ojos verdes. Era muy común que mujeres de su parroquia en la ciudad vecina, se le insinuaran. También, con más recato, algunas de Villa del Medio.

Ramona, se persignó, corrió las cortinas de su ventana, y se fue a dormir.

Bombón tenía su trabajo. Era requerido de varias casas para cortar el césped, lo que hacía con gran dedicación y prolijidad, y con sus propias herramientas.

En el club, esa noche, alguien le pidió a Bombón que fuera al día siguiente con su máquina a trabajar.

Él, normalmente, dejaba su equipo de trabajo en cada una de las casas, después de terminar, para retirarla cuando debía realizar su tarea en otro lugar. Todos respetaban sus costumbres y se lo permitían.

Durante el día, Bombón, había estado cortando el césped en la casa de los Repetto, así que cuando volvió del club, ya tarde, entró para retirar sus herramientas.

Ingresó al parque y se demoró, embelesado. Le encantaba quedarse observando las fuentes y el efecto difuminado de las luces ubicadas criteriosamente entre las plantas.

Vio la luz encendida de la casa y se arrimó para avisar que retiraría la cortadora de césped.

Golpeó las manos, nadie contestó. Tocó el picaporte de la puerta de entrada, la abrió e ingresó.

Llamó a Concepción, su vecina y amiga, pero no obtuvo respuesta.

Avanzó unos metros hasta cerca de la cocina y vio a Concepción semidesnuda, arrodillada tomándose del borde de la mesada. Bombón se arrimó, ella lo miró con sus ojos desorbitados. Su cara hinchada, la piel enrojecida.

Él la abrazó. Asustado, comenzó a sacudirla, mientras gritaba desesperado, hasta que ella se desplomó en

sus brazos. Bombón la dejó caer. Saltaba, corría de un lado a otro, en estado de desesperación. Salió gritando rumbo a su casa.

Mientras cruzaba el parque, cayó de su bolsillo una bolsita de nylon en la que llevaba algo de dinero y su documento.

Entró, despertó a Ramona y agitado, llorando, le contó a su madre lo que había pasado.

Ramona, abrumada por la situación, sin entender demasiado, solo atinó a tranquilizar a Bombón. Lo sostuvo entre sus brazos como a un niño, para calmarlo, hasta que este se durmió.

Al rato, de madrugada, el Comisario golpeó fuertemente la puerta y le informó el motivo de su visita. Que el señor Repetto, su vecino, había llegado a su casa. Había encontrado a su mujer, Concepción, tirada en el piso de su cocina. Desesperado, llamó al Doctor Rodrigo Pardo Anzoé y éste, después de revisarla, acongojado le informó: muerte por asfixia.

El Comisario continuó su relato: habían hallado el documento de Bombón en el parque, le explicó a Ramona que, considerando esa prueba encontrada, y dada su condición de vecino, conocedor de los movimientos del señor Repetto, Bombón sabía que cuando no estaba la camioneta estacionada, Repetto, estaba ausente de su domicilio.

El Comisario continuó su relato de reconstrucción del hecho, y la conclusión era evidente: Bombón, aprovechándose de la confianza que le brindaba Concepción, ingresó a la casa, en altas horas de la noche, quizás con la intención de violarla, ya que verificaron la ropa desgarrada. En consecuencia, le informó a Ramona, que su hijo era el principal sospechoso del homicidio, y venía para concretar su detención y puesta a disposición del Juzgado de turno en una de las dos ciudades vecinas.

Asimismo, le aclaró que ya estaban al tanto el Fiscal y el Defensor de oficio. Ramona, desesperada, contó todo lo que había visto durante la noche: lo del Doctor entrando a la casa, lo del Padre Esteban también parado frente a la misma en actitud sospechosa.

Pero era Ramona, nadie le creyó y se llevaron a Bombón.

Repetto después de unos días, se cruzó a hablar con Ramona. Le dijo que entendía el dolor que ella podía tener, pero que comprendía que Bombón debía pagar por lo que había hecho. Que seguramente por su debilidad mental morigerarían la pena y que él no sentía hacia ella ningún rencor. Que podría continuar con su trabajo de limpieza de su casa.

Ella sumisa, no respondió, y asintió con la cabeza.

Él partiría ese día hacia la Capital, y ella por la tarde fue a limpiar la vivienda de Repetto.

En un rincón, cercano al lugar donde habían hallado el cuerpo sin vida de Concepción, Ramona vio algo. Tomó una servilleta de papel, lo envolvió, lo guardó en el bolsillo de su delantal, y cuando terminó de trabajar se dirigió a la casa del Doctor Rodrigo. La secretaria, la hizo pasar y le pidió que aguardara, que el Doctor estaba atendiendo al Padre Esteban.

Al pasar por la puerta apenas entreabierta del consultorio, estupefacta, los vio besándose, y escuchó al Padre decir:

-Por lo menos ahora no te voy a tener que compartir con esa yegua.

Y salió presurosamente, sin siquiera prestar atención a quien estaba en la sala de espera.

El Doctor Rodrigo Pardo Anzoé, hizo pasar a Ramona, y muy gentilmente le dijo:

-Cómo estás Ramona. Me imagino por lo que estás pasando con lo de Bombón. Por eso te perdono que hayas inventado esa historia de que me viste entrar a la casa, intentando culparme. Actuaste como una buena madre para defender a tu hijo. Ese día, es verdad que ingresé a la casa de los Repetto. Pero fue para sacar al perro que se me había escapado.

Ramona, a pesar de que había visto al perro ir y volver desde la plaza, no respondió.

Acongojada, mientras brotaban lágrimas de sus ojos, atinó a hablarle:

-Vengo a hacerle una consulta, Doctor.

Mientras tanto introducía una mano en su bolsillo.

Sacó la servilleta, con lo que había encontrado en la casa de los Repetto, la apoyó sobre el escritorio. La abrió. Y le preguntó:

-¿Qué es esto?

El Doctor observó y le respondió:

-Eso es un alacrán, es un arácnido muy venenoso.

-¿Y eso puede matar a una persona? Lo consultó Ramona.

-Si le inyecta su veneno a una persona alérgica, le puede producir un edema de glotis, que genera una asfixia y, en algunos casos, te lleva hasta la muerte. ¿Por qué me preguntás?

-No por nada, porque por acá hay muchos. Atinó a responder.

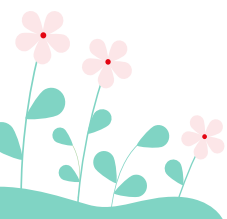
Saludó, se levantó y se fue, mientras seguían corriendo lágrimas sobre sus mejillas. Ya sabía que los próximos años estaban destinados a que Bombón los pasará en un hospital psiquiátrico acusado de un homicidio que no había sido tal.

Pero ella era consciente de que sólo era, la invisible Ramona.

Sabía que no podría cambiar ella sola los argumentos de la condena, la que, desde el primer momento, había sido decretada para su hijo.

Ser sólo Ramona, la sirvienta, la costurera, la madre del idiota del pueblo, tampoco le permitió pedirle ayuda al Doctor Rodrigo Pardo Anzoé, el medio hermano de Bombón.

También su violación a los 14 años, la había soportado en soledad y en silencio.





7^{MA} EDICIÓN

Grandes Autores

RELATOS CORTOS

FINALISTA

Una extraña apuesta

— Por **Angel Rolando Méndez**

Nunca sabremos las intenciones de aquel parroquiano jugador y pendenciero, que lo llevó a pergeñar semejante apuesta y terminar como finalmente terminó.

La historia se desarrolló tal cual la cuenta don Avelino, gaucho uruguayo, que frecuentaba el boliche Peñaloza y era afecto a los relatos con la consideración permanente del paisanaje.

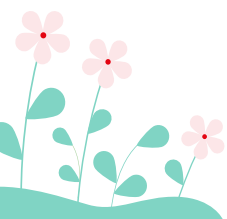
Una noche fría y tormentosa, después de haber terminado una partida, bien regada con ginebra, comenzó una disputa sobre quien de todos los presentes era el más valiente.

Así se sucedieron testimonios varios sobre anécdotas en donde se ponían en el tapete hechos de valentía. Uno contó que se había enfrentado una vez, a puro machete, con una manada de chanchos salvajes. Otro, que en una lucha desigual, se saco de encima blandiendo su facón, a dos matreros que pretendían a su dama en un bailongo. De pronto, subestimando a los presentes y con tono desafiante, don Olegario Montoya propuso una apuesta para dirimir la valentía de los concurrentes. -Se trata de dormir una noche entera en el cementerio del pueblo- expresó. Todos se mantuvieron en silencio por un rato, hasta que una voz quebrada preguntó -¡Por cuanto!-. Era el sepulturero del pueblo. Don Olegario pensó un instante y respondió -¡Cinco de los grandes! Más lo que aporten los presentes-. Algunos dudaron y otros acrecentaron la suma. Acordaron todos acompañar a las once de la noche al sepulturero, cuyo nombre era Secundino Tapia, hasta el cementerio. El susodicho se armó de coraje, juntó unas mantas, un pote de ginebra, un viejo poncho y su inseparable facón y partió con el grupo de parroquianos al campo santo, se saludaron conviniendo que a la salida del sol volverían a certificar la apuesta.

Secundino conocedor del terreno, acomodó sus mantas al abrigo de un viejo mausoleo y se dispuso, después de varios tragos, a echarse un buen sueño pensando en el destino que le daría al dinero, luego se recostó, clavo con fuerza el facón a su lado y se durmió.

Pasaron un par de horas, la tormenta amenazaba, el viento arreciaba cada vez más torciendo sin clemencia los añosos pinos. De pronto, se desprendió la puerta de un viejo panteón provocando un fuerte ruido e inmediatamente se sumó el maullido de un gato. Secundino despertó aturdido, quiso moverse y sintió que alguien lo amarraba desde atrás. Asustado, intento nuevamente levantarse procurando aferrarse a una lápida, no lo logró, sintió que la fuerza era cada vez mayor, se sintió ahogar. Aterrado quiso gritar con desesperación tratando de zafar y no pudo. Se sintió desfallecer...

Al despuntar el día, la calma había retornado al pueblo después de la borrasca, los parroquianos apostadores, con don Olegario a la cabeza, se juntaron en la puerta del cementerio, ansiosos por comprobar la suerte corrida por Secundino. Lo encontraron muerto, caído de bruces, con su brazo derecho extendido tratando de alcanzar una lápida. Una exclamación de asombro colectiva fue la respuesta ante el terrible espectáculo. -¡Miren!- Dijo uno del grupo, observando con asombro que la parte posterior del poncho del susodicho estaba atrapada por el facón clavado en la tierra hasta el mango. Nadie de los apostadores daba crédito a lo acontecido. Con el tiempo, lo ocurrido en el lugar, se convirtió en leyenda... y don Avelino la hizo suya.- •





7^{MA} EDICIÓN

Grandes Autores

RELATOS CORTOS

FINALISTA

Órbita mágica

— Por **Roberto Daniel Magallanes**

Un grupo de senderistas venidos de diferentes lugares del mundo llegó después del mediodía a la zona de la reserva natural denominada La caverna de las brujas. El transporte los dejó en una huella para que realizaran una caminata de reconocimiento de fauna y flora antes de dirigirse al sitio pactado. Desde lejos, la caverna parecía una boca apenas abierta en medio de la montaña. Y de cerca, interceptaba el paso una roca semejava un colmillo que hay que franquear para entrar.

—¡Atención! —pidió el guía en medio de un alboroto entusiasta ante el paisaje— nos quedaremos a pasar la noche aquí, en esta formación que se llama Cueva de la virgen —remarcó, mientras se escuchaba un cuchicheo de traducciones en simultáneo y por eso el “oh” de asombro llegó unos segundos tarde—. En épocas muy antiguas, toda esta región estuvo cubierta por el océano, por eso encontraremos algunos caparzones de moluscos petrificados entre las piedras de los períodos Jurásico y Cretácico. Y también encontraremos rastros de civilizaciones nativas que ocuparon esta zona. Sin embargo, los indígenas del lugar, se cuidaban mucho de permanecer dentro de estas cuevas porque había una leyenda que decía que era el sitio de aquelarres preferido de las brujas de los alrededores —se intensificó el run run de palabras en otras lenguas por la sugestión que producen estos temas y la magia—. Acamparemos adentro de la primera caverna, aunque no esté permitido, porque en esta época del año suele anochecer muy pronto y, además, está cayendo aguanieve. No toquen nada, no se adentren a las otras cuevas, eso lo haremos mañana con luz de día. Y abríguense muy bien.

El guía sabía que podía recibir una importante multa por acampar dentro de las cuevas, pero el viento arreciaba de una manera inusual y pensó en preservar a los senderistas. Al día siguiente explorarían La Gatera, La Sala de la Estalagmita Gigante y Sala de los Encuentros. Luego, la singular belleza de la Sala de la Madre, la Sala de las Flores, la Cámara de los Dioses, la Sala de las Arenas, el Jardín de las Brujas. Y sabía que la sugestión por la magia le permitiría obtener importantes propinas.

—¿Cómo se llaman estas formaciones que bajan del techo parecidas a colmillos de un animal? —quiso saber uno de los turistas más jóvenes. Preguntó en general, pero respondió el guía que exageraba con su cortesía.

—Las que cuelgan del techo se llaman estalactitas y las que corresponderían a esa formación de acá que parecen mandíbulas en el piso, siguiendo tu observación, se llaman estalagmitas. Están formadas por los minerales transportados por el agua que se filtra desde hace siglos.

—Esas formaciones de las paredes por donde gotea el agua parecen muelas o el interior de un enorme estómago de vaca —comentó una senderista bióloga.

Nadie hizo caso a la analogía digestiva y se sacaron las pesadas mochilas. El guía organizó con celeridad el campamento. Encendieron una fogata semejante a las de antiguas ceremonias celebradas por las tribus del lugar, pero repitiendo narraciones de otros puntos cardinales. Un silbido largo salió de uno de los troncos. Las sombras, proyectadas contra las redondeadas paredes del fondo, no solo se desplazaban, sino que bailaban como siguiendo antiguas marejadas de corales amarillos o pardos. Las carcajadas en inglés rebotaban contra los velos y columnas de piedras sedimentarias, devolviéndolas igual que si fueran el eco del eco de viejos rituales, resonancias transformadas en lamentos por el viento.

Algunos caminaron hasta el arroyo Chequen Co a buscar agua y otros, un poco más de leña para pasar la noche abrigados. Al volver encontraron a una mujer caída en el sendero. La larga cabellera rubia pajiza le tapaba la cara enrojecida por el sol y estaba encogida en posición de antes de nacer.

Se arrimaron lentamente, como sin entender la situación. Más cerca del cuerpo alcanzaron a escuchar su quejido silencioso, semejante al de un animal herido. Al darla vuelta vieron que la piel de la cara, sus manos y sus pies descalzos estaban lastimados y marcados por un círculo de caracoles petrificados. Todos supieron que la intemperie y lo inhóspito de la zona la matarían si la dejaban allí.

Entre dos varones la levantaron y colocaron sus brazos delgados detrás de sus cuellos. Y así, abrazándola uno de cada lado, caminaron por la ladera del monte cuesta arriba. La mujer, de aspecto frágil y quebradizo, pesaba endemoniadamente o se resistía a que la transportaran con toda la fuerza que le quedaba. Y obligó a los hombres a caminar con paso de novios ante el altar. Ellos percibían el temblor que sacudía al cuerpo de la mujer con mayor intensidad a medida que se acercaban a la boca de la cueva y creyeron que era el frío.

El guía había encendido la pira y las lenguas de fuego lamían apenas los troncos. La recostaron cerca del círculo de piedras para el fogón; la mujer entreabrió los ojos y gimió. El guía dispuso que le dieran agua de a sorbos pequeños y le pusieran un ungüento en los cortes y quemaduras que parecían arderle porque no dejaba de retorcerse.

Agregaron hojas secas y palos delgados para avivar la hoguera y una senderista sopló con ritmo, dos o tres veces las llamas para ayudar a que encendiera definitivamente. Extraño aliento le insufló, que una columna de humo negro como un tul subió hasta el techo retorciéndose en una danza desconocida. Luego, el fuego cobró vida y se comió al humo.

En ese momento, todos miraban hacia el círculo de piedras que contenía los troncos, seducidos por la danza inquietante de las llamas. Un silbido agudo los hizo girar hacia el fondo de la cueva, donde sus sombras bailaban con los cambios de luz.

La mujer que encontraron cerca del arroyo, envuelta en el humo que había salido de la fogata, se irguió y caminó de espaldas hasta perderse en la pared del fondo. Sin un solo tropiezo, como atraída por una fuerza en el medio de la montaña.

—¿Vieron lo mismo que yo? —se asombró un senderista adoptando una posición de alerta. El resto murmuró con el pavor empalideciéndoles la cara.

Una figura alta y oscura como medusa quedó tatuada en la piedra donde desapareció la mujer rescatada. Y las sombras de los senderistas que antes se movían con los mismos pasos que sus dueños, emprendieron su propia danza macabra alrededor de la muchacha estampada.

Un resplandor cobrizo se desprendió de la pira. Y las sombras de los turistas sobre la piedra parecían alas que iban y venían. Creyeron ver unos brazos tiznados y huesudos sobresaliendo de la pared. Los excursionistas no salían de su asombro y muy pronto comenzaron a sentir que esos brazos empotrados en la roca los atraía irresistiblemente hacia un abrazo mortal. Ya era tarde para huir.

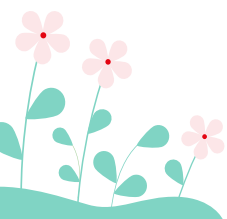
El fuego se apagó. Volvió a reinar la oscuridad en la cueva y se desdibujaron las sombras. También desaparecieron los gritos, los sollozos y las súplicas que unos minutos antes habían inundado el lugar como el antiguo océano. Solo una charamusca relucía en el fondo del círculo de piedras y una gota de agua caía con palpitar de corazón.

Una joven logró correr hacia la boca de la cueva y salvarse. Corrió sin vacilar sendero abajo y varias veces,

para evitar caerse, tuvo que apoyar las manos en las piedras filosas o en los cactus. Corrió unas decenas de metros en dirección a la casa de los guardaparques, pero la noche y el frío la alcanzaron a mitad del camino.

Se desplomó rodando lo que faltaba de la ladera. Frenó contra unas jarillas cerca del arroyo y se encogió para morir.

A la semana siguiente, desde el sendero que sube hacia la Caverna de las Brujas, le llegaron las risas de un grupo de turistas alemanes. La encontraron. La cargaron sobre sus hombros. La subieron con ellos hasta la cueva, que sería su refugio durante la noche. Ella, a pesar de la deshidratación, trató de oponerse, pero la dejaron recostada a un costado de la entrada en el momento en que un silbido agudo salió de la caverna, semejante al de un tronco en llamas que deja libre el humo•





7^{MA} EDICIÓN

Grandes Autores

RELATOS CORTOS

FINALISTA

Fiesta en Tacuaráí

— Por **Eduardo Galli**

Todo estaba preparado para la fiesta del pueblo. El calor de diciembre era barrido por el aire fresco que llegaba desde el río; ese viento, que a veces venía cargado con el aroma de los naranjales, arrastraba ahora, en este sábado dedicado a la Virgen, olor de carne asada junto con la música de guitarras y acordeones. Chamamés infructuosamente ensayados, competían con las cumbias que propalaban con ferocidad los parlantes instalados en la plaza por la Municipalidad.

La enorme luna llena se perfilaba ya sobre el bosque de timbós y jacarandás cuando en uno de los kioscos que se habían levantado departían un grupo de mujeres.

- ¡Si la Elisa y el Santiago no vienen hoy pa la Virgen, no vienen más al pueblo!

- Así ha de ser nomás-. Contestaba otra

Elisa y Santiago Aparicio vivían alejados del pueblo, del otro lado del río. Los esperaban siempre, como si de su presencia dependiera un buen comienzo para las fiestas. Llegaban en un bote viejo, pero bien pintado de celeste y amarillo. Ninguno de los dos era de mucho hablar, pero la música que hacían llegaba con naturalidad hasta el alma de los vecinos. Les reservaban dos sillas que eran rápidamente rodeadas por los pobladores: Elisa tocaba el acordeón y Santiago Aparicio la guitarra.

Cuando tomaban los instrumentos callaban hasta los parlantes de la plaza: las manos de Elisa arrancaban del fuelle acordes lentos y profundos que se enredaban con las notas brillantes de la guitarra de Aparicio. Sonaban como un único instrumento y los compases nostálgicos del chamamé subían hasta la alta copa de los jacarandás y los yamba mombí con una fuerza y un ritmo que detenían el tiempo. Nadie bailaba.

Rubia, sus cabellos ensortijados caían sobre la cara cuando se inclinaba sobre el instrumento. Santiago, alto y delgado, de piel muy blanca, tenía cabellos y bigote negros, negros y brillantes también sus ojos.

Era Elisa la que llevaba la música y la que decidía cuando cruzar el río para regresar. Santiago la seguía.

Avanzaban las sombras y la luna redonda se achicaba levantándose sobre el horizonte boscoso cuando comenzó a circular el vino y la cerveza. Se envió a dos muchachos con buenos caballos para ir río arriba hasta el puente, cruzar el río y llegarse hasta la casa de la pareja de músicos.

No era todavía noche cerrada cuando todos advirtieron que el viejo Ciriaco ya estaba borracho y sostenía con determinación la botella que su hija trataba de quitarle. Vivía Ciriaco en la misma ribera que los Aparicio y en ese momento lo rodeaban una cantidad de vecinos que se habían reunido para reírse, para ayudar a la muchacha, o para escuchar el curioso discurso del viejo:

- ¡Y cómo iban a venir si hoy es luna llena y el Santiago es lobizón! -

- Y, ¿ande ha visto, Don Ciriaco, un perro que toque la guitarra? - le contestó un gracioso.

Ciriaco intento levantarse, sin soltar la botella, pero se hubiera desplomado en el suelo si no fuera porque su hija, ayudada por uno de los presentes, lo contuvieron y lo sentaron nuevamente en la silla.

- ¡Ya te quisiera ver a vos andar comiqueando si en las noches de luna te viene un perro grande y orejudo y te lleva los lechones, como me pasa a mí, y después aparece la Elisa como traída por el diablo buscándolo con una cadena en la mano!

-Perro bravo había sido -

El viejo intentó levantarse de nuevo llevando esta vez la mano al cuchillo, pero lo agarraron antes que cayera al piso. Su hija consiguió quitarle el cuchillo y la botella y lo sentaron de nuevo.

- ¡Tienen que ser siete hermanos varones y seguidos pa que salga Lobizón Don Ciriaco! ¡Y Santiago es el quinto y último! - La afirmación resultaba irrefutable porque todos conocían el argumento y porque la mujer que había hablado tenía fama de buena curandera.

El viejo trató de erguirse de nuevo sobre la silla apuntando hacia arriba con el índice.

- Mirá Clarita, será el quinto o el séptimo, pero el mes pasado le solté un escopetazo al bicho y a los dos días lo vi al Santiago rengueando - insistía el viejo repitiendo varias veces la aseveración como corresponde a un ebrio de ley.

Arreciaban los murmullos y las risas, aunque a los vecinos más viejos no parecía divertirles el cariz que tomaba la cuestión. Dos mujeres se alejaron persignándose.

Cuando la fiesta parecía definitivamente arruinada se oyó el galope de los dos mensajeros que entraban por la calle principal. Volvían muy alterados y se atropellaban para hablar.

- ¡Oímos de lejos el acordeón y cuando nos acercamos a la casa sentimos que la música venía de la parte de atrás, pero acompañada por un llanto! -

- ¡Un aullido parecía! - corrigió el compañero.

- Como el ruido venía de atrás de la casa fuimos a mirar de lejos nomás, sin desmontar, y allí estaba la Elisa sentada en la oscuridad con su acordeón-

- Pudimos verla sólo por la luna -

- ¡Y Frente a ella había un perro negro y orejudo, demasiado grande y de ojos muy brillantes, estaba atado con dos cadenas! ¡Se sacudía, aullaba y quería soltarse!

- La Elisa hacía música con su acordeón y eso lo tranquilizaba, se echaba, ella entonces le acariciaba la cabeza -

- Tocaba lindo y dulce como siempre -

- Cuando nos vió se puso muy nerviosa y se nos vino encima. El pedazo de perro parecía querer venírse nos también -

- Y ahí nos dijo que el Santiago estaba enfermo adentro de la casa y que por eso no habían cruzado hasta el pueblo -

- También que nos fuéramos enseguida porque podíamos contagiarnos -

- Le preguntamos si necesitaba algo, ¡nada!, nos dijo. Mañana se le pasa. -

Los vecinos escuchaban inmóviles y silenciosos.

- Como el perrazo parecía que iba a romper las cadenas y los caballos empezaron a bellaquear, nos mandamos a mudar.

- Habría que mandarles un médico - dijo un comedido.

- O al veterinario será - Espetó el mismo gracioso de antes que ya había vaciado dos botellas de vino.

Buscaron al doctor Amuchastegui que conversaba con el cura frente a la Iglesia. El viejo médico de la zona se acercó a hablar con los alterados mensajeros.

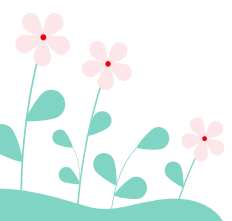
- Y vamos entonces - Dijo el doctor. - Mientras voy a buscar mi maletín, conseguime un caballo Panchito, ha llovido mucho y no se va a poder llegar con el coche -

- Ahora le traigo el moro che dotor -

El médico se dirigió a su casa acompañado por el cura.

- Espero que no sea lo de Santiago la misma infección que mató a sus dos hermanitos mayores hace años, padre – dijo Amuchastegui en voz baja al cura.

El agua del río, plateada por la luna, golpeaba con suavidad el pequeño muelle de Tacuaráí mientras, perdido ya el ánimo de fiesta, los vecinos se agrupaban en corrillos: hubo quienes comentaron después que, desde la otra orilla del río, el viento traía los acordes largos y profundos de un acordeón solo tocando un chamamé triste•





7^{MA} EDICIÓN

Grandes Autores

RELATOS CORTOS

FINALISTA

La casa cerrada

— Por **Maria Ines Biagi**

Hacía unos días que Pinot visitaba el viejo y único bar de Sagliano Micca. Los parroquianos lo miraban con curiosidad y hasta llegaron a comentar que las añejas maderas del piso, a su paso, crujían diferentes a cuando entraban otros clientes. Pinot Gerodetti se sentaba en la misma mesa de siempre, junto a la única ventana de la que podía verse el patio trasero de la casa cerrada. Aunque no solo sus pisadas eran extrañas, también lo eran los pocos rulos que asomaban rojizos debajo de una gorra tejida celeste y blanca. Unos tiradores de ojalos de cuero le sostenían los pantalones a su magra barriga marcándole los hombros huesudos y la espalda abatida. De su viejo bastón de nogal colgaba una armónica y del pecho una llave.

¿Quién era aquel recién llegado que merodeaba la casa cerrada con esa antigua y enorme llave colgando de su pecho?, se preguntaban todos por ahí. Los jóvenes no; ellos andaban ocupados en otras cosas, pero los viejos, los que nunca se habían movido del pueblo, esos que “algo” alguna vez habían escuchado decir de él mantuvieron la distancia cómplice del chismerío y se preguntaban en voz baja: “¿Volvió?”... “¿Será él?”... “Pero a la casa cerrada no entró.”

Caminó durante casi un mes los mismos adoquines de la misma callejuela con andar irresoluto, dubitante, como si los zapatos que calzaba y las piedras del camino y los almendros, y las casitas y el olor a pájaros y a manzanilla le fueran ajenas. Solo recuperaba el paso de otrora, fuerte y seguro que, hasta se diría denotaba pertenencia, cuando se decidía a cruzar a la casa cerrada. El ímpetu, sin embargo, le duraba poco porque se arrepentía enseguida y continuaba merodeando.

-¿Cuándo te vuelves a la Argentina, Pinot?- Se oyó una voz serena de mujer desde otra mesa.

Él ya se había cansado de escuchar aquella estúpida pregunta y ni siquiera se dio vueltas. En cambio empujó el vidrio de la ventana con su aliento a tabaco de pipa y café negro.

-Quizás mañana- respondió después de un rato a la pregunta sin ver quién la había hecho. Su mirada se perdió en la gente joven que caminaba las callejuelas empinadas. Algunos hablaban por teléfono, otros las recorrían trepados a sus ruidosas motonetas coloridas. Le llamó la atención una mujer muy joven que caminaba resueltamente dentro de sus jeans. Ella se detuvo frente a la desmedrada reja del patio de atrás de la casa cerrada. Desenroscó con gracia la bufanda de colores vivos que la envolvía, y se agachó a atar los cordones de la bota de un coloradito que llevaba de la mano. Detrás de ella, el tapial de la casa cerrada se desnudó frente a los ojos de Pinot.

Éste clavó la mirada en el hoyo oscuro y profundo que el paso del tiempo había calado en los muros de pie-

dra. La memoria de Pinot lo envolvió en un torbellino de recuerdos añejos transportándolo a través de aquel pasaje. Y otros olores y otro paisaje y otra mujer de cabello recogido en una cofia y delantal hasta los tobillos, y otro coloradito le abrieron la puerta a un recuerdo..., eran otras botas y otras motos; negras, inmensas, ruidosamente crueles; con sidecar...

Una fuerza centrípeta empujó a Pinot dentro de aquel agujero. Y entonces revivió el chic chac de los suecos de su abuelo que avanzando por el puente viejo rasguñaban las piedras del camino.

-¡Tenemos que escondernos!- gritó Pinot soltándola de repente.

A Emilia las mejillas se le encendieron como dos brasas, mojó con la lengua los labios ardidos por el excitado roce y corrió para perderse entre los almendros. El escondite elegido era siempre el mismo; a orillas del Cervo, lejos de las piedras donde su madre y las mujeres del pueblo se reunían a lavar la ropa. Allí Pinot, entre risas y juegos, le robaba un beso.

Su nonno había salido antes del trabajo esa mañana.

-¡Morituri te salutant!- Pinot le salió al encuentro sorprendiéndolo en el camino. A la vez, apuraba el paso contemplando con picardía el azul de la cinta con que Emilia había sujetado su cabello esa mañana marcándole el camino entre los almendros.

-¡Testa dura!, lo había reprendido el abuelo-con la vida no se juega.

Los minutos hasta la casa se hicieron demasiado largos, el muchacho llorisqueaba por la reprimenda y porque la panza le chillaba de hambre.

-Nuestra señal es secreta, Pinot, nadie tiene que saberla- insistió el abuelo-y no tiene que equivocarse.

Aquella contraseña y el estar alerta, la aguja del reloj, caminar despacio a veces, pisar fuerte otras... y el escaso tiempo para ver a Emilia... Pasaba el día inmerso en aquel receloso juego de señales, afanado en prever la muerte que acechaba en cada ruido de motor, en la disputa por la magra comida, y en el inexplicable latir de su sexo incipiente.

-¡Dejen los suecos en la entrada!-gritó la abuela. Las maderas crujieron bajo la corrida vehemente de Pinot. En la olla de cobre la polenta ardía bajo el fuego tardo de los leños.

-¡No corras Pinot, a ver si los despertás! Vamos a comer nosotros primero.

-“Mangia Pinot, mangia”

- Tengo el estómago cerrado nonna -respondió éste. Hacía un rato la panza le había sonado de hambre y ahora... No quería decirlo, no podía decirlo porque había sido el abuelo quién había ocultado aquella pareja inglesa dentro de la casa. Pero a él, ese cuchicheo permanente, esos ruidos en el sótano igual que si fueran ratones revolviéndose en la leña le cerraban el estómago.

El abuelo levantó los ojos del plato, miró la puerta de madera hosca y preguntó dubitante al muchacho

-¿Se fijó que esté bien cerrada Pinot? ¡Vaya, póngale los dos candados, y cierre las cortinas que se acerca la hora!

Pinot, cruzó en puntas de pie la cocina amplia, miró el reloj de la plaza. Las ventanas de las otras casas se cerraban al unísono cual si hubiese llegado la hora de dormir. El silencio se adueñó de la calle, y de la casa. Las paredes ocre de la sala se matizaron de un color tétrico ruborizado apenas por la llama de los leños que iluminaba angustia. En Sagliano Micca, por esos días, se respiraba una paz forzada, una simulada armonía, todos desconfiaban de todos; hasta Pinot que recién había cumplido catorce años.

A un costado de la mesa, a pasos de la cama del muchacho, una alfombra de lana cubría la tapa del sótano. Pinot, pasaba las noches esperando aquellos gemidos que traspasaban alfombra y tapa, escuchando el murmullo de los cuerpos, la risa de ella, la voz ronca de él. Luego un silencio largo, la imaginación desvelada y un grito en el fundillo de su pijama. Odiaba a aquel hombre, y a su sombra en la cocina, odiaba adivinarlo levantar la tapa de la olla dónde con suerte habría polenta fría. Odiaba también su casaca terrosa que descubría el Enfield que colgaba amenazante desde su sobaquera. En realidad no soportaba verla a ella junto a él, sobre todo cuando metía ese largo bucle rubión y enredado dentro de la olla de cobre de su abuela. Pero amaba verla levantar la cabeza, cerrar aquellos ojos del color del Tirreno y aspirar con una mezcla de éxtasis y desesperación

la polenta cual si oliera a un manjar servido en el mejor restaurante francés.

-Golpée Pinot, ya pasaron las bestias. -ordenó la nonna aquel día. A lo lejos, el rugido de las motos alejarse por el camino hacía eco en los montes.

-¡Ya voy, nonna!, si no van a morirse de hambre. Y por mí, ojalá se mueran.

-¡Porca miseria, Pinot, vaya a llamarlos de una buena vez!

-¡Ratas, ratas!, se mueven cómo ratas allá abajo, se comen la poca comida que tenemos.-Murmuró Pinot contrariado

-Deles solamente un cucharón ¿escuchó?, que le quede a su nonno que de flaco ya ni fuerzas tiene.Y se alejó con la palangana debajo del brazo a lavar en las piedras del Cervo.

Pinot tomó el atizador que colgaba de la estufa y golpeó a desgano la puerta del sótano: dos golpes fuertes, uno débil, tres fuertes seguidos, después, con apenas un hilo de voz gritó: “¡Morituri te salutant”! Hubo un silencio absoluto. Minutos después la tapa del sótano se levantó despacio, el inglés asomó primero el caño del Enfield, después la frente granosa, el cabello ondulado le cubría un ojo. Pinot, sentado en el borde de su cama reía satisfecho; había logrado borrar de la cara del inglés esa sonrisa helada.

-¿Qué pasó, pibe?

-Nada, tenía ganas de bromear.

El inglés lo zamarreó ofuscado, lo empujó contra la cama y lo apuntó con el arma en el estómago. Pinot no entendió lo que ella le gritó mientras le corría el brazo, pero sí entendió aquella última frase en un forzado italiano

-¡É un póvero bambino!- A Pinot le dolió escucharla; si él ya usaba pantalones largos y besaba a Emilia.

La mujer le acarició las mejillas, le revolvió el pelo, le sonrió, después estiró su pollera. Tenía las piernas rosadas, el torso lánguido y el pelo rubio crespo y larguísimo, lo ató en un rodete, comió muy poco y bajó con el inglés nuevamente al sótano.

A Pinot los gritos del hombre dentro del sótano se le confundieron con otros ruidos. Corrió a la ventana, el reloj de la plaza se había detenido esa mañana, las ventanas de las casas estaban cerradas. Afuera, el silencio se quebró con el ruido estremecedor de las motos. Los hombres del Duce habían llegado de ronda al pueblo. Pinot se tocó el pecho,

- ¿Dónde habré dejado la llave? Seguro se me cayó cuando el inglés... ¿Y el abuelo, por qué no habrá llegado el abuelo todavía?- y se echó la culpa por no haber ido a esperarlo al puente antiguo. Inmediatamente recordó:

-¡En el clavo, la dejé colgada en el clavo junto al atizador!- cruzó corriendo la sala.

-¡Las ventanas!-Ya era demasiado tarde, el golpe destrozó la puerta. Eran ellos, las bestias de casacas negras montadas en motos gigantes con sidecar, traían a su abuelo golpeado y sangrando. Pinot intentó correr hacia él, uno de ellos lo empujó contra la pared ocre.

-¿Dónde están?- preguntó imperativo un hombre de camisa negra.

Después la voz de su nonno

-Recuerde, Pinot, somos gladiadores.

-¡Cierre la boca bambino!-dijo su abuelo antes de que uno de ellos le diera un golpe con la culata del arma en el estómago.

-No se asuste y cuide a su nonna, no serán más que palos y aceite castor.- Y una trompada lo desmayó tirándolo al suelo. A Pinot le temblaron los dientes, un sudor helado le recorrió las vértebras, pensó en la abuela y deseó que no volviera todavía de las piedras.

-¡Nonno!-gritó el muchacho cuando vio que cargaban a su abuelo en la parte trasera de un camión.

Después, las patadas de Pinot sobre la alfombra de lana. Dos veces, una, tres más débiles. Él no quería ser un gladiador.

La madera crujió cuando la tapa se levantó con urgencia.

-¿Comida?- gritó ella asomándose. Pinot vio el terror y la sorpresa en aquellos ojos del color del Tirreno. Después una andanada de metralla y un grito lacio seguido de un golpe seco, y un bucle rubión sanguinolento

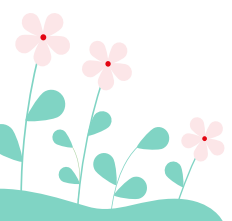
quedó atrapado con la puerta del sótano.

Una voz serena que sonó insistente desde otra mesa del barcito de Sagliano Micca expulsó a Pinot de aquel agujero y del recuerdo,

-¿Cuándo te vuelves a la Argentina, Pinot?

Pinot esta vez se dio vueltas. Una mujer de cabello muy blanco recogido en un rodete le sonrió cual si lo conociese. Mientras avanzaba con el brazo extendido hacia Pinot mostraba una cinta azul gastada que llevaba entre sus manos.

Hay unos zuecos, una alfombra y una tapa y hay una llave que aún cuelga de mí, hay una mujer que aún sigue prendida a mi pecho y que ningún almendro ha podido quitar. Morituri te salutant•





7^{MA} EDICIÓN

Grandes Autores

RELATOS CORTOS

FINALISTA

¿Gerardo?

— Por **Antonio Monteagudo**

A su espalda, Nicolás dejaba lentamente la Plaza Lavalle y dos cuadras más atrás, en Viamonte y Talcahuano, otra rutina de ocho horas diarias. Instintivamente, esa tarde-noche había cambiado el rumbo. Demorado en Córdoba y Uruguay, advirtió el error. Pero no rehizo el camino en búsqueda de la boca del subte, que se lo tragaba todos los días para devolverlo a casa. Con mansa aceptación, siguió hacia Callao, como permitiéndose una gambeta a la rutina. Y comenzaba a disfrutarlo.

La avenida Córdoba se había convertido en el caos habitual de la hora pico. Todo el mundo se enredaba en la pugna del regreso. Eran las siete y media de la tarde y una tenue llovizna anunciaba el comienzo del otoño. Nicolás esperaba en el semáforo. Las luces parecían haberse conjurado contra los peatones, negándoles el pasaporte verde. Un empate de intermitentes amarillos detenía el tránsito. Los lacerantes bocinazos sólo lograban abrir camino al insulto. El crepúsculo se hundía en el asfalto, que devolvía retazos de noche resbalando entre llantas desprolijamente fileteadas por el barro y el verdín. No sin esfuerzo, logró avanzar hasta Córdoba y Rodríguez Peña. Allí esperó una oportunidad para intentar el cruce, más o menos seguro, de la calle.

Demorado en la esquina, Nicolás volvía a percibir esa extraña sensación, que lo perturbaba desde hacía varios meses. De repente, sus ojos comenzaron a ver sin definición. Las formas y los colores se perdían en una interminable gama de grises. Desaparecían los contrastes y una tediosa monotonía devoraba cada matiz. Las imágenes, planas, difusas, distantes, semejaban el intrincado caleidoscopio de una terca pesadilla, sempiternamente inconclusa.

Cuando le sobrevinían estos súbitos y breves “clicks”, Nicolás experimentaba una instantánea desconexión de la realidad. Le asaltaba la angustia, mientras una extraña opresión se apoderaba de su cuerpo y le bloqueaba la garganta. Presa de una atonía generalizada, no lograba hilvanar un pensamiento con otro; mucho menos conseguía recuperar totalmente el mando sobre sus propias ideas. Sólo asociaba estos momentos con una rara percepción de laxitud, de abandono inconsciente, de progresiva pérdida de libertad.

Tras el extraño paso por ese túnel de indecisa luz, un eterno lapso de intolerable dependencia, Nicolás recuperó lentamente el dominio sobre sí mismo. Algo atónito aún, con un ademán reflejo intentó despabilarse. Llevó las manos a los párpados y con los ojos entrecerrados intentó volver a la elocuente realidad de Córdoba y Rodríguez Peña.

Miró de reojo, a derecha e izquierda. Descubrió una bella e insinuante silueta femenina, provocándolo desde

un afiche, atravesado por el fulgurante resplandor de un tubo fluorescente, cuyo irregular parpadeo encendía, a su vez, una miríada de luciérnagas de utilería multicolor. Había recobrado la capacidad de vibrar con los contrastes, de enceguerse hasta repudiar esa crónica fotofobia heredada seguramente del abuelo gallego, cuyo legado genético recibió intacto, salvo los ojos verdes, la talla y el gracejo.

Percibió seis o siete rostros yuxtapuestos. Alcanzó a distinguir algunos rasgos desordenados: el pelo rojizo de una mujer desmesuradamente gorda; el marcado prognatismo de un hombre alto, encorvado y displicente a quien esquivó sin parpadear; la torva mirada de un cartonero inclinado sobre una bolsa de residuos semides-truida; el gesto adusto de otros dos transeúntes que centímetros más adelante habrían de disputarse un taxi; la mirada vacía del chofer, indiferente a la pelea de los pasajeros; la brusca maniobra de un motociclista que se lanzó a la acera, rozándolo con el codo; el ardiente y desprejuiciado abrazo de una pareja de adolescentes; la desaprensiva irrupción de un paseador de perros y su larga ristra de canes, fatalmente condenados a volver al cautiverio después de vaciar puntualmente sus intestinos en aceras y plazas.

Finalmente, cruzó la avenida Córdoba. Guiado por un extraño impulso, sentía que una mano invisible le empujaba con fuerza. Se dejó llevar; le resultaba placentero seguir ese camino, enigmáticamente impuesto.

Avanzó con paso seguro. La vereda estaba bloqueada por una valla, con un cartel amarillo del Gobierno de la Ciudad excusándose por las molestias. Bajó a la calle y caminó unos metros por Rodríguez Peña hacia Paraguay. Sin proponérselo, elevó la mirada y entre las ramas de un árbol, último sobreviviente de alguna estación pródiga en savia, descubrió el perfil de una enorme cruz de hierro. Desde la calle, la cruz recortaba con severa nitidez su negro y herrumbrado contorno, sobre el fondo de un cielo acerado. Aquella imagen fue como un imán, poderoso e irresistible. El tótem se erguía sólido, exultante. Era un faro providencial en el ojo de la tempestad.

Con ansiedad, encaró el primer peldaño de una escalera que desembocaba en el pórtico de la iglesia. Al principio, sus pies se movían con desgano. Pero a medida que progresaba en el ascenso, un renovado estímulo bajaba hasta sus piernas. Una y otra vez elevó la mirada, hasta que la cruz se definió, nítida, imponente y perpendicular.

Traspuso el atrio, empujó resueltamente la puerta y accedió al templo desolado y en penumbras. Sin prisa, recorrió los diez o veinte metros que lo separaban de la última fila de bancos. Se sentó y comenzó a explorar la iglesia con mirada curiosa e incisiva. Lo escrutó todo, milímetro a milímetro. Finalmente, se concentró en el altar desierto y un reflector proyectaba su potente haz cenital. La luz rebotaba en el piso, como en un espejo y se deshacía en reflejos, envolviendo el sagrario, la imagen del Sagrado Corazón y las primeras filas de bancos.

En la sacristía, una sombra se movía resueltamente. En pocos segundos, atravesó el marco y comenzó a desplazarse por la nave izquierda del templo. Nicolás lo seguía con atención y se inquietó cuando el hombre se detuvo para observarlo. Instintivamente, se incorporó y fue a su encuentro. Era alto, de mediana edad, cabellos grises y ojos castaños. La camisa oscura, levemente desgastada en el cuello, el pantalón negro y los zapatos, también negros y sin brillo, delataban su condición de sacerdote. Enseguida, esbozó una sonrisa a modo de espontáneo saludo.

-¿Va a cerrar?, preguntó Nicolás, con natural curiosidad.

-En un momento más, contestó el cura. Pero, podés quedarte, si querés.

-No, no... ya me iba, repuso Nicolás, mientras deslizaba sus manos por el borde del apoyabrazos del banco.

-Está bien, no hay apuro, fue la nueva y tranquilizadora respuesta.

-Perdón, puedo preguntarle algo, se animó Nicolás. Y sin esperar el sí, arremetió: ¿Usted es el párroco?

-No, sólo soy un sacerdote... ¿necesitás algo?

Nicolás balbuceó algunas palabras ininteligibles. Se quedó mirando fijamente al cura, mientras un sudor frío le corría por el cuerpo, las sienes le golpeaban y la respiración se le entrecortaba.

-Estás temblando. ¿Te sentís mal?, inquirió el cura. Sentate y decime qué te pasa...

Nicolás comenzó a hablar. Al principio, con voz insegura, temblorosa. Luego, fue una catarata, con confesión incluida.

El cura lo bendijo y, paternalmente, lo invitó a acompañarlo hasta el altar y arrodillarse frente al crucifijo que

flanqueaba la mesa. Allí permanecieron hincados, hasta que el sacerdote se incorporó y saltó hacia la sacristía. Poco después regresó al altar, con una fuentecita de agua bendita.

Hundió sus dedos en el recipiente y dibujó una cruz húmeda en la frente de Nicolás, al tiempo que pronunciaba frases extrañas e impartía órdenes con singular vehemencia. Meneó dos o tres veces la cabeza, volvió a exaltarse repitiendo ignotas palabras y durante varios minutos rezó en silencio. Finalmente, volviéndose hacia Nicolás le confió: te acabo de exorcizar, estás libre...

Nicolás no lograba salir de su asombro. Una y otra vez, le repicaba en los tímpanos la revelación.

-¿Exorcismo?, se interrogaba. Entonces, alguien me ha hecho un mal; quiere perjudicarme, destruir mi salud y, tal vez, matarme... No lo se, nunca lo pensé. Tal vez-murmuró- sea... ella, o alguien inducido por ella... pero, ¿por qué?

Incrédulo, se encogió de hombros y salió de la iglesia.

- ¡Qué exorcismo ni ocho cuartos! Este cura sólo busca hacer feligreses, estúpidos seguidores, convencidos de que Dios existe y que también el Demonio está entre nosotros...

Masculando puteadas, Nicolás recorrió el último tramo del atrio. Saltó de a dos los peldaños de la escalinata y enseguida volvió a la calle. Corrió hasta la esquina, cruzó Córdoba sin mirar y buscó la escalera del subte, en la estación Callao.

Tres semanas más tarde, volvió al templo. Sigiloso, repitió el periplo, cuidando cada detalle. Puso a prueba su memoria y, con naturalidad, improvisó el desafío.

-Lo que ocurrió una vez, si fue verdadero, debe repetirse, especuló.

Reprodujo cada movimiento, duplicó cada ademán. Se sentó en el mismo sitio. Reiteró una y otra circunstancia con extrema precisión. Los escalofríos, la visión difusa y esa vaga sensación de angustia e inseguridad volvieron a apoderarse de él. Buscó algún signo vital en el altar vacío. Un mortecino y titilante brillo se reflejaba sobre la hermética puertecita del sagrario. Los últimos destellos de luz natural rebotaban en el mármol de la mesa desierta y languidecían, como el resplandor de un fósforo sin llama.

Oscurció definitivamente. Apenas un chispazo de plata cruzaba el suelo y se perdía entre los primeros bancos. Una sombra gigantesca, desproporcionada, se erguía opacando la lucecita del sagrario. Era inútil atisbar. Ninguna señal emergía nítida, reconocible. Todo había cambiado. Era el mismo lugar, idéntica la sensación de rara inquietud, pero nadie acudía a la cita.

Aquel enigmático personaje, de difuso perfil, que días atrás se había inmiscuido en la vida de Nicolás, jamás reapareció en escena. Una lacerante orfandad de imágenes y sonidos dominaba todo el ámbito de la iglesia. Abrumado y temeroso, decidió salir.

Empujó resueltamente la puerta vaivén y, de inmediato, volvió a la luz. Instintivamente cerró los ojos, como quien huye precipitadamente de una ftofobia galopante. Volvió a abrirlos y se encaminó hacia la escalera. Descendió y, en el primer descanso, advirtió, a su derecha, la presencia de un hombre maduro, robusto, con el hábito desalineado y el cuello ligeramente raído. Lo miró y se detuvo casi a la par. El cura permaneció a la expectativa, pero con la mirada distante.

Nicolás giró y, casi sin proponérselo, preguntó por el misterioso sacerdote del exorcismo.

-¿Gerardo?, replicó el cura, visiblemente sorprendido. ¿Cuál Gerardo?

-El sacerdote que me exorcizó aquí, hace veinte días...

-El único cura Gerardo que conozco murió en 1948... Era el párroco de esta Iglesia y está enterrado a un costado del altar.

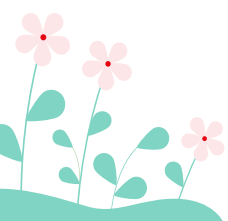
Nicolás cerró los ojos y reanudó el descenso. Caminó hacia Córdoba y buscó el subte. Esperó pacientemente y subió al último vagón. Sólo quedaba un asiento vacío y lo ocupó. A su lado, una mujer de enigmática belleza se volvió hacia él, diciéndole: Gerardo tampoco está aquí.

-Gerardo... ¿Qué Gerardo?, preguntó aterrorizado, mientras aquella extraña laxitud volvía a apoderarse de su cuerpo y sus ojos, apagados, se sumían otra vez en la monotonía del blanco y negro.

La mujer se incorporó lentamente y caminó hacia la puerta.

El sólo intuyó el movimiento. Nuevamente, esa torpe opresión le subía a la garganta, un velo turbio le empañaba las pupilas y un sudor helado le calaba el cuerpo, al tiempo que las sienes y la respiración se desbocaban.

El tren se detuvo. Las puertas se abrieron y volvieron a cerrarse. Sin ver ni oír, Nicolás sabía que nadie había salido del vagón.





7^{MA} EDICIÓN

Grandes Autores

RELATOS CORTOS

FINALISTA

La fiesta de recepción

— Por **Fernando Patricio Wuth Campaña**

La excelente iluminación exterior del local, elegante y sobrio, lo sorprendió gratamente. Antes de trasponer la puerta de entrada, se acomodó el botón del saco, y se pasó la mano por la cabeza, casi como para peinarse el cabello hacia atrás. Luego, puso su mejor cara y enfrentó con simpatía al portero, que se abanicaba, al parecer sin que hiciera falta por la agradable temperatura, con el registro de invitados. El recepcionista vestía un muy formal traje blanco, que le hacía juego con la barba, y le retribuyó con una amplia sonrisa. Una vez que se cercioró del nombre del asistente en la nómina preciosamente escrita a mano, lo acompañó los metros que faltaban hasta el inicio de la escalera que bajaba hasta el centro mismo de la reunión. Había mucha gente, y a medida que avanzaba hacia el mesón de las bebidas, no dejó de saludar a cada una de las personas que iba encontrando a su paso. El organizador de la tertulia, había tenido una muy buena idea al intentar juntar a personas que no se veían desde hacía mucho tiempo. Miró su reloj, y sintió un poco de fastidio por su mujer, que definitivamente siempre llegaba tarde a todos lados. Se sirvió un trago especial, que desconocía, y que era excelente, y pensó con la copa en ristre que la mejor manera de acortar la espera sería compartir con los viejos conocidos. Entonces la vio. Con varios años más, pero inconfundible. A ella, en una coincidencia mágica, le ocurrió lo mismo. Se acercaron mutuamente, y los recuerdos se les desbocaron en desorden, para al instante siguiente darse las manos en forma tímida, sin dejar de mirarse. Empezaron a decirse monosílabos temerosos primero, y después de unos minutos, el diálogo se hizo manso. Recordaron épocas pretéritas, sus anécdotas de adolescentes, y los detalles hasta el día en que se separaron. Él, ante el cariz que iba tomando la situación, unos minutos después, se encontró excusándose con ella, prometiéndole regresar luego para presentarle a su esposa. La mujer asintió con ternura, y buscó otro lugar en el recinto. Giró sobre sí mismo, y la nostalgia lo invadió cuando descubrió frente a él a su antiguo amigo. Estaba algo cambiado, por la falta de pelos, los lentes de un alto grado de aumento, pero como pudo comprobar luego, con el alma intacta. Conversaron sobre su distanciamiento, y a la hora de la verdad, no lograron decirse con precisión cuales habían sido los motivos. Pero se dieron cuenta que ya no importaba. Y entonces, con los conceptos claros sobre ellos mismos, el amigo se acomodó las gafas, y descubrió a alguien más en la fiesta. Palmeándolo levemente, se alejó con entusiasmo. Quedó solo unos minutos, deambulando despacio, escuchando las risas de los presentes, viendo las parejas bailar al son de una música pegajosa en un clima de alegría colectiva. El entrecuchar de las copas tenía su propio ritmo, y sintió el disfrute pleno de aquella reunión. Recordó la tardanza de su esposa, y se empinó sobre los pies para monitorear la escalera de acceso, pero no la vio. Dio un medio giro con su copa en la mano izquierda,

y se llevó la sorpresa de la noche: ahí, a veinte centímetros ambas narices, estaba su padre. Superada la primera impresión, lo miró a los ojos. El hombre, con el ceño duro, hizo lo mismo. –Papá- le dijo. El sorprendido hombre atinó a responderle como una excusa: -Hijo-, -no imaginé que esta invitación me haría encontrarme contigo- “yo tampoco” fue la respuesta. Se contaban ya ocho años desde el último día en que se habían visto. Y es que el conflicto había sido de proporciones. Aquella fue una discusión acalorada, con ribetes de intolerancia, con más actores que ayudaron a la hoguera de las desavenencias, y la discusión cambió de escenario cuando el grupo se trasladó a la calle. Se encendieron las luces de las casas vecinas, algunos autos se detuvieron, y personas extrañas trataron de disuadir los ánimos, pero fue peor. El resultado del altercado fue lapidario. Los tres grupos familiares comenzaron alianzas cruzadas entre sí, y se generaron reuniones casi clandestinas entre los a favor y los en contra, y recrudecieron al final las sospechas de todos contra todos y derivó todo aquello en la división familiar y los odios paridos. Y sin embargo, a pesar del mutismo de ambos en ese extenso tiempo de incomunicación, comenzaron a conversar. Primero a preguntarse obiedades, luego a hacer comentarios de sus vidas, para luego de una hora sostener una conversación profunda y distendida, donde no hicieron mención sobre los motivos de aquella vieja rencilla. Y entonces consideró que era hora de empezar a restañar los viejos lazos. Y su mujer estaba entre esas reparaciones pendientes. Miró a su padre, como para disfrutar aún más aquello que le salía del corazón, y le dijo que quería compartir ese momento también con su consorte. Luego, le dio un apretón afectuoso en el brazo, y su padre le respondió con una sonrisa. Le hizo un círculo con el dedo en el aire, para indicarle que volvía. El hombre miró otra vez su reloj, y con un gesto de impaciencia, atinó a pensar que tal vez el encargado del protocolo de invitados, por algún error en la dichosa lista, que para colmo era manuscrita, no la había autorizado a ingresar. Apuró el contenido del elixir desconocido, y tras dejar el vaso en el mesón de las bebidas, buscó la escalera con la vista y enfiló por entre aquel gentío de personas conocidas, y deseó que ojalá tuviese tiempo de departir con todos ellos unos minutos aunque más no fuera. Hizo el trayecto lento, mirando a todos lados, empujándose para ver más lejos, por si su mujer estaba entre la muchedumbre arremolinada, pero no hubo caso. Subió los peldaños de mármol, deteniéndose cada dos o tres para observar desde esa posición ventajosa, pero sólo pudo reconocer más amigos y conocidos de la vida. Cuando terminó el ascenso, caminó hacia la recepción, y vio al portero de espaldas, pero le pudo ver en el perfil la frondosa barba blanca que imitaba al color del traje impecable. El encargado se dio vuelta, como si lo hubiera escuchado, y lo saludó con la misma sonrisa franca de la llegada. Le preguntó con el gesto en qué podía serle útil. El hombre entonces lo puso al tanto de la demora ya preocupante de la llegada de su esposa, y que por lo tanto él había pensado en la posibilidad de un error al registrar su nombre. El portero enarcó las cejas, con un gesto de extrañeza, y le pidió que se lo repitiera. Se lo desgarnó con lentitud y letra por letra, y luego completo. El encargado revisó la hoja y luego un libro que estaba bajo el mostrador. Lo controló minuciosamente, hasta que se le notó que había encontrado el error. Tomó al hombre del brazo, y le dijo con la mayor dulzura: “Su esposa no vendrá, pues aún está en la tierra”•

